

LA DEFENSA

Semanario político y de intereses generales

Precio de suscripción: 1'50 pesetas trimestre.

Dirección y Redacción: Cuesta de Lucias, núm. 6.



EL SEÑOR

Don Pio Guirao Rubio

Falleció en esta villa el día 12 del corriente
á los 55 años de edad,
después de recibir la Extremaunción

R. I. P.

Su desconsolada esposa doña Purificación Fernández de los Ríos; hijos D. Fernando y D. Juan José Guirao Alcázar, D. Pio y D. Francisco Guirao Fernández, doña Concepción Carrasco Fernández; hermanos doña Ana, D. Miguel y D. Fernando; hermanos políticos; sobrinos, y demás parientes,

al participar á sus numerosos amigos tan triste acontecimiento, les ruegan encomienden su alma á Dios.

La guardería de la vega

Los abusos escandalosos que se vienen realizando en esta vega por esa bandada de raterillos de oficio, que todo el año vienen alimentando sus vicios (no atendiendo con ello á necesidades imprescindibles de la vida, lo cual, aunque no completa tendría alguna justificación), con lo que merodean en el cercado ageno, hacennos ocuparnos de ello con preferencia, estimulados también por infinidad de propietarios y colonos que han venido á esta Redacción rogándonos hagamos públicos tamaños ataques á la propiedad, por si esta publicidad contuviera el mal, por todos calificado de crónico.

En esta época precisamente es cuando esos abusos llegan á su más alto grado, porque los frutos otoñales de esta vega (patatas panizos, etc.) se prestan más á la ocultación y acarreo, y no está lejana la recolección de la aceituna, mermada considerablemente todos los años para los dueños de los

terrenos en que se practica; por que este fruto es el que más parece despertar la codicia de los «caicos».

Y no es solo el perjuicio que sufren los propietarios y colonos con ver desaparecer las rentas de sus fincas y el fruto de su trabajo con tales abusos, es mayor todavía el que determinan en la propiedad y las plantas, dejando á éstas en condiciones de que no produzcan ni poco ni mucho en años sucesivos.

Así pasa con lo que despiadadamente hacen los «caicos» en los olivares, que para llevarse el fruto destrozan por completo el árbol, despojándolo de sus ramas, con objeto de aligerar la «operación» y poder burlar mejor el cuidado de los dueños, separando luego de éstas el fruto con más tranquilidad y más sosiego.

No es menos de importancia también en este sentido, esa otra «epidemia» que padece la vega con esos ejércitos de cabreros que la recorren cotidianamente, que van sembrando la desolación por

donde quiera que pasan, y que si alguna vez escuchan las reconvencciones de los que así ven allanadas sus propiedades, lejos de amedrentarse ante el temor de que les sobrevenga el merecido castigo, campan por sus respetos y hacen escuchar á los que se consideran damnificados, los más groseros insultos y las más tremebundas amenazas. Actitudes, hijas, tal vez, de ese apadrinamiento que en toda ocasión suelen encontrar aquí desgraciadamente los pillos de profesión.

Hora es ya de que las autoridades á quienes están confiados estos cuidados miren con la debida atención un asunto que tanta importancia supone; de que al mismo tiempo los propietarios se dejen de debilidades, causa no menos influyente de repetidos abusos, y de que también aquellos vengam pensando en constituir esas comunidades, de reciente creación, de las que ligeramente hablamos en uno de nuestros números anteriores, si se quiere hacer respetar y ver respetados los derechos legítimos y sagrados de los propietarios y colonos de esta vega.

Notas semanales

Ya tenemos instalados en la Plaza de la Encarnación, á varios comerciantes que con las exhibiciones de sus géneros excitan la codicia de los pequeñuelos. Un conato de feria y un atentado contra la integridad de los bolsillos de los papás.

La muñeca, el tambor, el sable y otros cien juguetes que la industria lanza al mercado, atraen allí las envidiosas miradas de un enjambre de niños que al volver á casa llevando estereotipadas en sus tiernecillas imaginaciones la forma y el color del objeto que más intensamente hirió su retina, lo piden, con suplicante ó imperativa monotonía, sin pensar (¡qué saben ellos!) que, por falta